Si se pone de cabecera el León con la cartela en la boca Trafalgar y huelga el epígrafe

~~TRAFALGAR~~

En las cabeceras y divisiones de capítulos abreviar los espacios todo lo posible. — Solo se ponen 4 espaciados. El I de Marcial no se pone.

Me permitiréis, amados niños, que antes de referiros los grandes sucesos de que fuí testigo diga pocas palabras de mi infancia, explicando por qué extraños caminos me llevaron los azares de la vida á presenciar la terrible acción de Trafalgar.

Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de la Viña. Mi nombre es *Gabriel Araceli*, para servir á los que me escuchan. Cuando aconteció lo que ~~xxx~~ á ~~contaros~~, el siglo XIX tenía cinco años; yo, por mi confusa cuenta, debía de andar en los catorce.

Dirigiendo una mirada hacia lo que fué, con la curiosidad y el interés propios de quien se observa, imagen confusa y borrosa, en el cuadro de las cosas pasadas, me veo jugando en la Caleta con otros chicos de mi edad poco más ó menos. Aquello era para mí la vida entera, más aún, la vida normal de nuestra privilegiada especie; y los que no vivían como yo me parecían seres excepcionales del humano linaje, pues en mi infantil inocencia y desconocimiento del mundo yo tenía la creencia de que el hombre había sido criado para la mar, habiéndole asignado la Providencia, como supremo ejercicio de su cuerpo, la natación, y como constante empleo de su espíritu el buscar y coger cangrejos, ya para arrancarles y vender sus estimadas bocas, que llaman de la Isla, ya para propia satisfacción y regalo.

M.C.D.2020

Entre las impresiones que conservo, está muy fijo en mi memoria el placer entusiasta que me causaba la vista de los barcos de guerra, cuando se fondeaban frente á Cádiz. Como nunca pude satisfacer mi curiosidad viendo de cerca aquellas formidables máquinas, yo me las representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolas llenas de misterios.

Afanosos imitar las grandes cosas de los hombres, los chicos hacíamos también nuestras escuadras, con pequeñas naves rudamente talladas, á que poníamos velas de papel ó trapo, marinándolas con decisión y seriedad en cualquier charco de Puntales ó la Caleta. Para que todo fuera completo, cuando venía algún cuarto á nuestras manos por cualquiera de las vías industriales que nos eran propias, comprábamos pólvora en casa de la tía Coscoja de la calle del Torno de Santa María, y con este ingrediente hacíamos una completa fiesta naval. Nuestras flotas se lanzaban á tomar viento en océanos de tres varas de ancho; disparaban sus piezas de caña; se chocaban, remedando sangrientos abordajes, en que se batía con gloria su imaginaria tripulación; cubrílas el humo, dejando ver las banderas, hechas con el primer trapo de color encontrado en los basureros; y en tanto nosotros bailábamos de regocijo en la costa, al estruendo de la artillería, figurándonos ser las naciones á que correspondían aquellos barcos, y creyendo que en el mundo de los hombres y de las cosas grandes las naciones bailarían lo mismo, presenciando la victoria de sus queridas escuadras. Los chicos veis todo de un modo singular.

No conocí á mi padre, que pereció en el famoso combate del *Cabo de San Vicente*. Mi pobrecita madre, buena y santa mujer, que sostenía mi precaria existencia y la suya lavando la ropa de algunos marineros, murió de cansancio y fiebre en los comienzos del año 5.

M.C.D.2020

M.C.D.2020

¡Oh, Dios, cuán triste y penosa fué mi orfandad bajo la custodia y férula de un tío materno, más malo que Caín y más borracho que las mismas cubas jerezanas!... Las crueldades de aquel bandido me movieron á buscar respiro en la libertad; huí de la casa; me fuí á San Fernando, de allí á Puerto Real, y juntándome con otros chicos desamparados y vagabundos, di con mis huesos en Medinasidonia.

Hallábame una tarde con mis compañeros de hambre y fatigas en una taberna de aquella ilustrísima ciudad, cuando fuimos sorprendidos por soldados de marina que hacían la leva. Como pájaros asustados al primer tiro, nos desbandamos, refugiándose cada cual donde pudo. Mi buena estrella me llevó á cierta casa cuyos dueños se apiadaron de mí, sin duda por el relato que de rodillas, bañado en lágrimas y con suplicante desesperación les hice de mi triste y degradante miseria.

Aquellos señores me tomaron bajo su protección librándome de la leva, y desde entonces quedé á su servicio. Con ellos me trasladé á Vejer de la Frontera, lugar de su habitual residencia. Fueron mis ángeles tutelares D. Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad. Enseñáronme muchas cosas que no sabía, y al poco tiempo adquirí la plaza de paje del señor D. Alonso, al cual acompañaba en su paseo diario, pues el buen inválido no movía el brazo derecho, y con mucho trabajo la pierna correspondiente. No sé qué hallaron en mí para sentirse movidos á paternal benevolencia. Sin duda mi natural despejo y la docilidad con que les obedecía fueron parte á merecer favor tan grande. Debo añadir á las causas de aquel cariño, aunque me esté mal el decirlo, que yo, no obstante haber vivido hasta entonces en contacto con pícaros y vaga-

M.C.D.2020

bundos, tenía cierta cultura ó delicadeza ingénita que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que á pesar de la falta de estudio, halléme pronto en disposición de pasar por persona bien nacida.

Y ahora, echados por delante estos breves antecedentes de mi vida humilde, referiré lo que de la gloriosa vida de la madre España he visto en largos y bien aprovechados años de mi adolescencia y juventud. Y pues los designios de Dios, más que mi determinada voluntad, me hicieron testigo de la espantosa guerra contra el llamado *Capitán del Siglo* y del viril esfuerzo con que los españoles ganaron á fuerza de pulso y corajo su santa Independencia, oid, amados niños, la patriótica lección que contienen estos ilustres nombres: *Trafalgar, Madrid, Bailén, Zaragoza, Gerona, Cádiz, Arapiles, Vitoria.*

II

En los primeros días de octubre de aquel año funesto (1805) mi amo D. Alonso no vivía de puro caviloso y desasosegado por la horrible pugna entre su invalidez achacosa y los nobles impulsos de su corazón, ávido de la guerrera pompa y de las locuras de Marte. Capitán de navío, retirado, había derramado su sangre en cien combates. Él que fué brazo robusto de la Marina española, servidor leal de la Patria, era ya una ruina gloriosa. Pero aun se le encendían los ánimos presagiando sucesos navales de importancia. Su grande amigo Churruca le anunció que la escuadra combinada saldría pronto de Cádiz provocando á las naves inglesas al combate, ó esperándolas en la bahía si osaban entrar en ella. Al comunicar este plan á D. Alonso, invitábale su amigo á trasladarse á la escuadra, si no para

combatir, para presenciar las vistosas funciones que se preparaban.

Debo advertiros, para que os vayáis enterando, que en aquellos días éramos aliados de Napoleón, y con él y sus navales fuerzas combatíamos contra la enemiga común, Inglaterra. Luego veréis como vino á ser ésta nuestra mejor amiga, y juntas y apareadas le dimos más de un disgusto á Napoleón. La escuadra combinada de navíos españoles y franceses la mandaba el almirante francés Villeneuve, y la inglesa el más audaz, entendido y afortunado de los marinos de aquel tiempo, el gran Nelson. Aprended estos nombres, haceos cargo del lugar que ocupan en la Historia de la Humanidad, y ligadlos á las personas, comprenderéis mejor los hechos.

Los belicosos pinitos que hacer quería el bueno de D. Alonso tenían en su mujer la más terrible contrincante y enemiga, que amaba la paz, la quietud, y no quería ni que le hablaran de barcos de guerra. ¡Bueno estaba el noble carcamal de D. Alonso para andar en tales trotes! Era D.ª Paquita una dama excelente, de noble origen, amantísima de su marido y temerosa de Dios, pero con el más arisco y endemoniado genio que puede imaginarse. Me parece que estoy viendo á la respetable cuanto iracunda señora con su rizada papalina, su saya de organdí, sus moñitos blancos y su lunar peludo á un lado de la barba. Añadiré para rematar la pintura que cuando su marido la enteró de la carta de Churruca y de sus deseos de complacerle, soltó todos los registros de su odio á la mar y sus barcos, burlándose de las glorias navales y pisoteando sin compasión los apolillados laureles de su marido. Luego, para fin de fiesta, la emprendió con Napoleón *ese bribonazo del Primer Cónsul, que con su bandolerismo en grande escala traía revuelto al mundo.*

M.C.D.2020

Pero si D. Alonso tenía en su mujer un implacable aguafiestas, en cambio le alentaba y enardecía locamente un amigo suyo, que también lo era mío, marinero viejo, inválido como el amo, y más desarbolado que él y fuera de combate. Quiero presentároslo sin demora, que de seguro ha de seros muy grato el conocimiento con este soberano tipo.

Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros *Mediohombre*, había sido contramaestre en barcos de guerra durante cuarenta años. En la época de mi narración, la estampa de este héroe de los mares era de lo más singular que podréis imaginar. Figúrense un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado á cercén más abajo del codo, un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, la tez morena y curtida por las tempestades, voz ronca, hueca y perezosa que no se parecía á la de ningún habitante racional del planeta en que vivimos.

La vida de Marcial era la historia de la Marina española en la última parte del siglo XVIII y principios del XIX; historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Navegado había en heroicos ó desgraciados barcos; además de las campañas en que tomó parte con su amo, estuvo en innúmeros encuentros, sorpresas y arriesgadas expediciones. Á los sesenta y seis años se decidió á echar para siempre el ancla, como un viejo pontón inútil para la guerra, y su ocupación, fuera de los militares coloquios con D. Alonso, no era ya otra que cargar y distraer á un nietecillo que tenía, y adormirle con marineras canciones.

Como todos los marinos, *Mediohombre* usaba un

M.C.D.2020

vocabulario formado por peregrinos términos: es costumbre en la gente de mar de todos los países desfigurar la lengua patria hasta convertirla en caricatura. Examinando la mayor parte de las voces usadas por los navegantes, se ve que son simplemente corruptelas de las palabras más comunes, adaptadas á su temperamento arrebatado y enérgico, siempre propenso á abreviar todas las funciones de la vida, y especialmente el lenguaje.

Marcial aplicaba el vocabulario de navegación á todos los actos de la vida, asimilando el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquél y los miembros de éste. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decía que había cerrado el *portalón de estribor;* y para expresar la rotura del brazo, decía que se había quedado sin la *serviola de babor*. Para él, el corazón, residencia del valor y del heroísmo, era el *pañol de la pólvora,* así como el estómago, el *pañol del biscocho*. La acción de embriagarse la denominaba de mil maneras distintas, y entre éstas la más común era *ponerse la casaca,* idiotismo cuyo sentido no hallarán mis lectores si no les explico que, habiéndole merecido los marineros ingleses el dictado de *casacones,* sin duda á causa de su uniforme, al decir *ponerse la casaca* por emborracharse quería significar Marcial una acción común y corriente entre sus enemigos. Á los almirantes extranjeros les designaba con estrafalarios nombres, ya creados por él, ya traducidos á su manera, fijándose en semejanzas de sonido. Á Nelson le llamaba el *Señorito,* voz que indicaba cierta consideración ó respeto; á Collingwood el *tío Calambre,* frase que á él le parecía exacta traducción del inglés; á Jerwis le nombraba como los mismos ingleses, esto es, *viejo zorro;* á Calder el *tío Perol,* porque encontraba mucha relación entre las dos voces, y siguiendo

M.C.D.2020

un sistema lingüístico enteramente opuesto, designaba á Villeneuve, jefe de la escuadra combinada, con el apodo de *Monsieur Corneta*, nombre tomado de un sainete que en aquellos días se representaba en Cádiz.

III

Continua y áspera, con chillidos de una parte, broncos rugidos de otra, era la reyerta matrimonial por si mi D. Alonso iba ó no á la escuadra; y como *Medio-hombre* le calentaba desmedidamente los cascos, doña Paquita tenía muy entre ojos al estropeado mareante. Aguardaban los viejos á que la señora estuviese ausente para entregarse sin miedo al deleite de hablar de guerra y barcos, de cañones, de ingleses y de demonios coronados.

Una noche, aprovechando la buena coyuntura de estar mi ama en la novena del Rosario, los dos viejos, como escolares bulliciosos que pierden de vista al maestro, encerráronse en el despacho, sacaron unos mapas y pasearon por ellos sus dedos temblorosos; luego leyeron papeles en que estaban apuntados nombres de muchos barcos ingleses, con la cifra de sus cañones y tripulantes... ¡Qué escena! ¡Qué risa! Marcial imitaba con los gestos de su brazo y medio la marcha de las escuadras, la explosión de las andanadas; con su cabeza, el balance de los barcos combatientes; con su cuerpo, la caída de costado del buque que se va á pique; con su mano, el subir y bajar de las banderas de señal; con un ligero silbido, el mando del contramaestre; con los porrazos de su pie de palo contra el suelo, el estruendo del cañón; con su lengua estropajosa, los juramentos y ~~singulares~~ voces del combate; y como mi amo le secundase en esta tarea con la ma-

M.C.D.2020

yor gravedad, quise yo también echar mi cuarto á espadas, alentado por el ejemplo. Sin poderme contener, viendo el entusiasmo de los dos marinos, comencé á dar vueltas por la habitación; remedé con la cabeza y los brazos la disposición de una nave que ciñe el viento, y al propio tiempo imitaba con perfección el estruendo de los cañonazos: ¡bum, bum, bum! Mi respetable amo y el mutilado contramaestre, tan niños como yo en aquella ocasión, no pararon mientes en lo que yo hacía, pues harto les embargaban sus guerreros comentarios. Enfrascados estaban en ellos cuando sintieron los pasos de D.ª Francisca, que volvía de la novena.

«¡Que viene! — exclamó Marcial con terror.

Y al punto guardaron los planos, disimulando su excitación, y pusiéronse á hablar de cosas indiferentes. Pero yo, bien porque la sangre juvenil no podía aplacarse fácilmente, bien porque no observé á tiempo la entrada de mi ama, seguí en medio del cuarto demostrando mi enajenación con frases como éstas, pronunciadas con ronca voz de mando: ¡La mura á estribor!... ¡orza!... ¡la andanada de sotavento!... ¡fuego!... ¡bum, bum!... doña Paca se llegó á mí furiosa, y sin previo aviso me descargó en la popa la andanada de su mano derecha con tan buena puntería, que me hizo ver las estrellas.

«¡También tú! — gritó vapuleándome sin compasión — ¡Pillete, zascandil! ¿Te has creído que estás todavía en la Caleta?»

La zurra continuó en la forma siguiente: yo caminando á la cocina, lloroso y avergonzado, después de arriada la bandera de mi dignidad, y sin pensar en defenderme contra tan superior enemigo; la señora detrás dándome caza y poniendo á prueba mi pescuezo con los repetidos golpes de su mano. En la cocina eché

M.C.D.2020

el ancla, lloroso, considerando el desastroso fin de mi combate naval.

La tirantez de opiniones y el desacuerdo matrimonial llegaron á tal extremo, que D. Alonso, contrariado en su ilusión guerrera, cayó en grave pasión del ánimo. Como héroe vetusto, hubo de tomar resolución heroica. y ésta fué la de escaparse, huir, como aventurero que abandona el hogar para correr hacia soñadas glorias... Una mañana, hallándose en misa doña Paquita, advertí que el señor se daba gran prisa por meter en una maleta algunas camisas y otras prendas de vestir, entre las cuales iba su uniforme. Yo le ayudé y aquello me olió á escapatoria, aunque me sorprendía no ver á Marcial por ninguna parte. No tardé, sin embargo, en explicarme su ausencia, pues D. Alonso, una vez arreglado su breve equipaje, se mostró muy impaciente, hasta que al fin apareció el marinero diciendo: «Ahí está el coche. Vámonos antes que ella venga.»

Cargué la maleta, y en un santiamén D. Alonso, Marcial y yo salimos por la puerta del corral, subimos á la calesa, y ésta partió tan á escape como lo permitía la escualidez del rocín que tiraba de ella.

Anduvimos todo el día por un proceloso y alegre camino; hicimos noche en Chiclana para descansar del hórrido traqueteo de la calesa, y á las once del siguiente día dimos fondo en Cádiz... ¡Oh, Cádiz, ilustrísima y noble ciudad, patria mía y de tantos héroes, navegantes y patricios insignes. Por patria mía te adoré aquel día, sin acordarme de los demás hijos tuyos consagrados por la Historia, y me entregué al goce inefable de ver tu incomparable bahía poblada de naves; tus calles bulliciosas, limpias y alegres; tu plaza de San Juan de Dios, centro y metrópoli de la picardía, y por fin, tu Caleta, que para mí simbolizó en un tiempo lo más hermoso de la vida: la libertad.

M.C.D.2020

IV

Nos albergó en su casa una prima de mi amo, doña Flora de Cisniega, señora muy amable y redicha, instruida, de finísimo trato social, ya un poco madura y muy compuesta y emperifollada. Caballeros elegantes frecuentaban su lujosa vivienda, y con ellos y con doña Flora departía el buen D. Alonso, examinando los sucesos presentes y entreteniéndose en presumir atrevidamente los futuros. Por lo poco que pude oirles, entendí que la opinión en Cádiz revelaba intranquilidad, desconfianza. Se hablaba mal de Godoy, que nos había metido en la desatinada combinación con la Marina francesa, y se echaban pestes contra Napoleón por haber puesto las dos armadas debajo del mando de Villeneuve, el *Musi* *Corneta* de mi amigo Marcial.

Á los dos días de nuestra llegada recibió mi amo la visita de un brigadier de Marina, amigo suyo, cuya fisonomía no olvidaré jamás. De este buen español quiero hablaros ahora, queridos niños, enalteciéndole á vuestros ojos para que le améis, para que toda la vida recordéis con veneración su nombre y sus hechos.

Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de semblante hermoso y afable, con tal expresión de tristeza, que era imposible verle sin sentir irresistible inclinación á amarle. No usaba peluca, y sus abundantes cabellos rubios, no martirizados por las tenazas del peluquero para tomar la forma de ala de pichón, se recogían con cierto abandono en una gran coleta, y estaban empolvados con menos arte del que la presunción propia de la época exigía. Eran grandes y azules sus ojos; su nariz muy fina, de perfecta forma y un poco larga, sin que esto le afeara; antes bien, ennoblecía su expresivo semblante. Su barba, afeitada con es-

mero, era algo puntiaguda, aumentando así el conjunto melancólico de su rostro oval, que indicaba más bien delicadeza que energía. Este noble continente era realzado por una urbanidad en los modales, por una gran cortesanía de que no podrá daros idea la estirada fatuidad de los señores del día ni la movible elegancia de nuestra dorada juventud. El cuerpo era pequeño, delgado y como enfermizo. Más que guerrero, aparentaba ser hombre de estudio, y su frente, que sin duda encerraba altos y delicados pensamientos, no parecía la más propia para arrostrar los horrores de una batalla. Su endeble constitución, que sin duda contenía un espíritu privilegiado, parecía destinada á sucumbir conmovida al primer choque. Y, sin embargo, según después supe, en aquel hombre igualaba el corazón á la inteligencia. Era Churruca.

El uniforme del héroe demostraba, sin ser viejo ni raído, algunos años de honroso servicio. Después, cuando le oí decir, por cierto sin tono de queja, que el Gobierno le debía nueve pagas, me expliqué aquel deterioro. Mi amo le preguntó por su mujer, y de su contestación deduje que se había casado poco antes, por cuya razón le compadecí, pareciéndome muy atroz que se le mandara al combate en tan felices días. Habló luego de su barco, el *San Juan Nepomuceno*, al que mostró igual cariño que á su joven esposa, pues según dijo, él lo había compuesto y arreglado á su gusto, por privilegio especial, haciendo de él uno de los primeros barcos de la Armada Española.

Hablando luego del tema ordinario en aquellos días, de si salía ó no salía la escuadra, dijo Churruca:

«El almirante francés, no sabiendo qué resolución tomar, y deseando hacer algo que ponga en olvido sus errores, se ha mostrado, desde que estamos aquí, partidario de salir en busca de los ingleses. El 8 de octu-

bre escribió á Gravina diciéndole que deseaba celebrar á bordo del *Bucentauro* un Consejo de guerra para acordar lo que fuera más conveniente. En efecto, Gravina acudió al Consejo, llevando al teniente general Álava, á los jefes de escuadra Escaño y Cisneros, al brigadier Galiano y á mí. De la escuadra francesa estaban los almirantes Dumanoir y Magon y los capitanes de navío Cosmao, Maistral, Villiegris y Prigny.

»Habiendo mostrado Villeneuve el deseo de salir, nos opusimos todos los españoles. La discusión fué muy viva y acalorada, y Alcalá Galiano cruzó con el almirante Magon palabras bastante duras, que ocasionarán un lance de honor si antes no les ponemos en paz. Mucho disgustó á Villeneuve nuestra oposición... Es curioso el empeño de esos señores de hacerse á la mar en busca de un enemigo poderoso, cuando en el combate de Finisterre nos abandonaron, quitándonos la ocasión de vencer si nos auxiliaran á tiempo...»

M.C.D.2020

Luego, en el seno de la confianza, el gran Churruca sorprendió á sus oyentes con estas graves declaraciones: «Debemos confesar con dolor la superioridad de la Marina inglesa, por la perfección del armamento, por la excelente dotación de sus buques y sobre todo, por la unidad con que operan sus escuadras. Nosotros, con gente en gran parte menos diestra, con armamento imperfecto y mandados por un jefe que descontenta á todos, podríamos, sin embargo, hacer la guerra á la defensiva dentro de la bahía. Pero será preciso obedecer, conforme á la sumisión ciega de la Corte de Madrid, y poner barcos y marinos á merced de los planes de Bonaparte.»

Impresión melancólica dejaron en mí las palabras de aquel hombre tan grande en su sencillez. No estaba yo en edad de indagar fuera de mí mismo la razón de aquella singular tristeza, que pronto hubo de disiparse en mi alma sólo de pensar que se aproximaba el dichoso momento de embarcarme en el mayor navío de la poderosa escuadra. Mis sofoquinas pasé con este motivo, porque la emperejilada D.ª Flora, interesándose por mí más de lo que yo merecía, cuidadosa de los riesgos del mar y de la guerra, me instaba para que me quedase en su compañía y servicio. Protesté guardando el debido respeto al cariño maternal que la señora me mostraba; llegué hasta implorar con lágrimas que me permitiera seguir mi ardiente inclinación, y al fin D.ª Flora consintió, recomendándome que huyese de los sitios y ocasiones de peligro, poniéndome en el cuello un escapulario de la Virgen del Carmen, y llenándome los bolsillos de golosinas para que comiese á bordo.

V

Octubre era el mes y 18 el día. Nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde esperaba un bote que nos condujo á bordo.

Figuraos, amiguitos míos, cual sería mi estupor, ¡qué digo estupor!, mi entusiasmo, mi enajenación, cuando me vi cerca del *Santísima Trinidad*, el mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera, que, visto de lejos, se representaba en mi imaginación como una fábrica portentosa, sobrenatural, único monstruo digno de la majestad de los mares. Cuando nuestro bote pasaba junto á un navío, yo le examinaba con religioso asombro, admirado de ver tan grandes los cascos que me parecían tan pequeñitos desde la muralla. Mi inquieto ardor de que estaba poseído me expuso á caer al agua cuando contemplaba con arrobamiento los

figurones de proa, objeto que más que otro alguno fascinaba mi atención.

Por fin llegamos al *Trinidad*. Á medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando, y cuando la lancha se puso al costado, confundida en el espacio de mar donde se proyectaba, cual en negro y horrible cristal, la sombra del navío; cuando vi cómo se sumergía el inmóvil casco en el agua sombría que azotaba suavemente los costados; cuando alcé la vista y vi las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las portas, mi entusiasmo se trocó en miedo, púseme pálido, y quedé sin movimiento asido al brazo de mi amo.

Pero en cuanto subimos y me hallé sobre cubierta, se me ensanchó el corazón. La airosa y altísima arboladura, la animación del alcázar, la vista del cielo y la bahía, el admirable orden de cuantos objetos ocupaban la cubierta, desde los cois puestos en fila sobre la obra muerta hasta los cabrestantes, bombas, mangas, escotillas; la variedad de uniformes; todo, en fin, me suspendió de tal modo, que por un buen rato estuve absorto en la contemplación de tan hermosa máquina, sin acordarme de nada más.

1805
1769
36

61

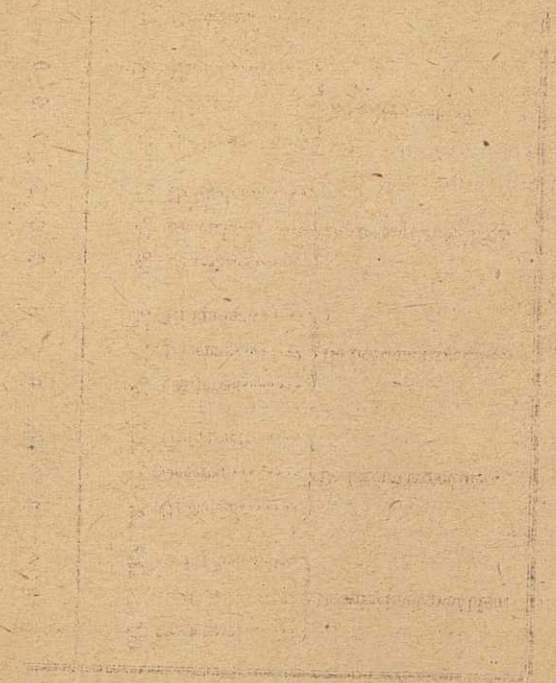
61
3
183

El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construído en la Habana con las más ricas maderas de Cuba en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios. Tenía 220 pies (61 metros) de eslora, es decir, de popa á proa; 58 pies de manga (ancho), y 28 de puntal (altura desde la quilla á la cubierta), dimensiones extraordinarias que entonces no tenía ningún buque del mundo. Sus poderosas cuadernas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro pisos. En sus costados, que eran fortísimas murallas de madera, tenía, cuando yo lo vi, 140 bocas de fuego, entre cañones y carronadas. El interior era maravilloso por la distribución de los diversos compartimientos, ya fueran puentes para la artillería, sollados para la tripulación, pañoles para depósitos de víveres, cámaras para los jefes, cocinas, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondrijos de aquel Escorial de los mares.

Nada más grandioso que la arboladura, aquellos mástiles gigantescos, lanzados hacia el cielo como un reto á la tempestad. Parecía que el viento no había de tener fuerza para impulsar sus enormes gavias. La vista se mareaba y se perdía contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estáis, brazas, burdas, amantillos y drizas que servían para sostener y mover el velamen.

Después de permanecer buen rato en la contemplación de tanta maravilla, bajé á la cámara, donde me ocupé en el servicio de mi amo D. Alonso. De paso vi una curiosa operación, que os contaré para que os riáis. Los oficiales hacían su tocado, no menos difícil á bordo que en tierra. Me hizo gracia ver á los pajes ocupados en empolvar las cabezas de los héroes á quienes servían. Pero la moda era entonces tan tirana como ahora, y de un modo más apremiante imponía sus enfadosas ridiculeces. Hasta el soldado tenía que emplear un tiempo precioso en hacerse el coleto. ¡Pobres hombres! Yo les vi puestos en fila unos tras otros, arreglando cada cual el coleto del que tenía delante. Después se encasquetaban el sombrero de pieles, pesada mole, cuyo objeto nunca me pude explicar, y luego iban á sus puestos si tenían que hacer guardia, ó á pasearse por el combés si estaban libres de servicio. Los

M.C.D.2020



M.C.D.2020

marineros llevaban el pelo corto, y su sencillo traje me parece que no se ha modificado mucho desde aquella fecha.

En la cámara, mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, D. Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. Por lo poco que oí, no me quedó duda de que el general francés había dado orden de salida para la mañana siguiente.

Amaneció el 19, que fué para mí felicísimo, y antes de que amaneciera ya estaba yo en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Después del baldeo comenzó la operación de levar el buque. Se izaron las grandes gavias; el pesado molinete, girando con agudo chirrido, arrancaba el áncora ponderosa del fondo de la bahía. Corrían los marineros por las vergas; manejaban otros las brazas, prontos á la voz del contramaestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con espantosa algarabía. Los pitos, la campana de proa, el discorde concierto de mil voces humanas, mezcladas con el rechinar de los motones; el crujido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento, todos estos variados sones acompañaron los primeros pasos de la colosal nave.

Olas suaves acariciaban sus costados, y la mole majestuosa comenzó á deslizarse por la bahía sin dar la menor cabezada, sin ningún vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podía apreciarse comparativamente observando la traslación imaginaria de los buques mercantes anclados y del paisaje.

Al mismo tiempo se dirigía la vista en derredor, y ¡qué espectáculo, Virgen del Carmen!, treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y á nuestro costado, se cubrían de velas y marchaban también impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz la magnífica rada; un ligero matiz de púrpura teñía la superficie de las aguas por Oriente; en el cielo limpio apenas se veían algunas nubes rojas y doradas por Levante; el mar azul estaba tranquilo, y sobre este mar y bajo aquel cielo las cuarenta naves, con sus blancos velámenes, emprendían la marcha, formando el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante humanos ojos.

M.C.D.2020

6

Por la noche, una vez que dejé á mi amo muy bien arrellanado en su camarote, fuí en busca de *Medio-Hombre*, que á sus colegas y admiradores explicaba el plan do Villeneuve del modo siguiente:

«*Musiú Corneta* ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos. La vanguardia, que es mandada por Álava, lleva siete navíos; el centro, que lleva siete y lo manda *Musiú Corneta* en persona; la retaguardia también de siete, que va mandada por Dumanoir, y el cuerpo de reserva, compuesto de doce navíos, que manda don Federico Gravina. No me parece que está esto mal pensado. Por supuesto, que van los barcos españoles mezclados con los gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre. En fin, Dios y la Virgen del Carmen vayan con nosotros, y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amén.»

VI

Al amanecer del 20 el viento soplaba con fuerza, y los navíos estaban muy distantes unos de otros. Calmado el viento poco después de mediodía, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas: vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuerpos de reserva. La escuadra navegaba hacia el Estrecho con viento Sudoeste; por la noche fueron señaladas algunas luces, y al amanecer del 21 vimos veintisiete navíos por barlovento; á eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban á la vista formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea y, según las apariencias, las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.

¿Le parece á V. bien que en los diálogos se emplee el signo menos en lugar de las comillas?
Yo empleo en los diálogos este sistema: Inicio el diálogo con comillas «; separo con guion — los miembros del diálogo, y luego lo cierro con comillas. Con arreglo á este sistema haré la corrección

M.C.D.2020

Tal era la situación de los contendientes, cuando el *Bucentauro* hizo señal de virar en redondo. Las proas miraron al Norte, y este movimiento, cuyo objeto era tener á Cádiz bajo el viento, para arribar á él en caso de desgracia, fué muy criticado á bordo del *Trinidad*.

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según oí decir, quedó á la cola. Como el viento era flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulación poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precisión. Observando las maniobras de los barcos más cercanos, *Medio-Hombre* decía:

«La línea es más larga que el camino de Santiago. Si el *Señorito* la corta, adiós mi bandera: perderíamos hasta el modo de comer, *manque* los pelos se nos hicieran cañones. Señores, nos van á dar julepe por el centro. ¿Cómo pueden venir á ayudarnos el *Nepomuceno* y el *Bahama*, que están á la cola, ni el *Neptuno* ni el *Rayo*, que están á la cabeza? Además, estamos á sotavento, y los *casacones* pueden atacarnos por donde les dé la gana... Dios nos saque en bien, y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.»

El sol avanzaba hacia el cenit, y el enemigo estaba ya encima.

Se me había olvidado mencionar una operación preliminar, en la cual tomé parte. Después del zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo á maniobras, oí qne dijeron:

«La arena, extender la arena.»

Marcial me tiró de la oreja, y llevándome á una escotilla, me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más ó menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega nos colocamos escalonados, y de este modo íbamos sacando los sacos de arena, que algunos marineros vaciaron sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado.

«Es para la sangre» —me contestó con indiferencia.

¡Para la sangre! repetí yo sin poder reprimir un estremecimiento de terror.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, y traía en su cabeza, ó en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson. El otro traía á su frente el *Royal Sovereign*, mandado por Collingwood.

Ved aquí, amados niños, el planito que he trazado para daros á conocer la formación de la escuadra hispano-francesa en el momento de ser atacada por la inglesa. Poco más ó menos así era:

M.C.D.2020

8

Neptuno. E.
Scipion. F.
Rayo. E.
Formidable. F.
—— Duguay. F.
Mont-Blanc. F.
Asis. E.
} VANGUARDIA

PRIMER CUERPO
MANDADO POR NELSON

Agustin. E.
Herós. F.
Trinidad. E.
Victory. Bucentauro. F.
—— Neptune. F.
Redoutable. F.
Intrépide. F.
} CENTRO

SEGUNDO CUERPO —— Leandro. E.
MANDADO POR COLLINGWOOD

—— Justo. E.
Royal Sovereign. —— Indomptable. F.
Santa Ana. E.
Fougueux. F.
Monarca. E.
Plutón. F.
} RETAGUARDIA

Bahama. E.
—— Aigle. F.
Montañés. E.
Algeciras. E.
Argonauta. E.
Swift-Sure. F.
—— Argonaute. F.
Ildefonso. E.
—— Achilles. F.
Príncipe de Asturias. E.
Berwich. F.
Nepomuceno. E.
} RESERVA

M.C.D.2020

Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba... De repente nuestro comandante dió una orden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los motones, trapearon las gavias.

«¡En facha, en facha! — exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento —. Ese condenado se nos quiere meter por la popa.»

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía venir dispuesto á cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros familiarizados como *Medio-Hombre* con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban á los obenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios.

Por lo que á mí toca, en toda la vida ha sentido mi alma emociones como las de aquel momento. Á pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y me admiraba de verles buscar con tanto afán una muerte segura.

M.C.D.2020

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió á ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el Rey y su célebre Ministro, á quienes no consideraba con igual respeto.

Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la obscuridad un hermoso paisaje. Me representé á mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación, fatigada del largo viaje; el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmi-

M.C.D.2020

tidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura é inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia á nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia ó con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, á quienes consideraba asomados á una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, á quien dirigí una oración que no era Padrenuestro ni Avemaría, sino algo nuevo que á mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrebatamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.

VII

Un navío de la retaguardia disparó el primer tiro contra el *Royal Sovereign*, que mandaba Collingwood. Mientras trababa combate con este el *Santa Ana*, el *Victory* se dirigía contra nosotros. En el *Trinidad* todos demostraban gran ansiedad por comenzar el fuego; pero nuestro comandante esperaba el momento más favorable.

El *Victory* atacó primero al *Redoutable*, francés, y, rechazado por éste, vino á quedar frente á nuestro costado por barlovento. El momento terrible había llegado: cien voces dijeron *¡fuego!*, repitiendo como un eco infernal la del comandante, y la andanada lanzó cincuenta proyectiles sobre el navío inglés. Por un instante el humo me quitó la vista del enemigo. Pero éste, ciego de coraje, se venía sobre nosotros viento en popa. Al llegar á tiro de fusil, orzó y nos descargó su andanada. En el tiempo que medió de uno á otro disparo, la tripulación, que había podido observar el daño hecho al enemigo, redobló su entusiasmo. Los cañones se servían con presteza, aunque no sin cierto entorpecimiento, fruto de la poca práctica de algunos cabos de cañón.

El *Bucentauro*, que estaba á nuestra popa, hacía fuego igualmente sobre el *Victory* y el *Temerary*, otro poderoso navío inglés. Parecía que el navío de Nelson iba á caer en nuestro poder, porque la artillería del *Trinidad* le había destrozado el aparejo, y vimos con orgullo que perdía su palo de mesana.

En el ardor de aquel primer encuentro, apenas advertí que algunos de nuestros marineros caían heridos ó muertos. Yo puesto en el lugar donde creía estorbar menos, no cesaba de contemplar al comandante, que mandaba desde el alcázar con serenidad heroica, y me admiraba de ver á mi amo con menos calma, pero con más entusiasmo, alentando á oficiales y marineros con su buena voluntad.

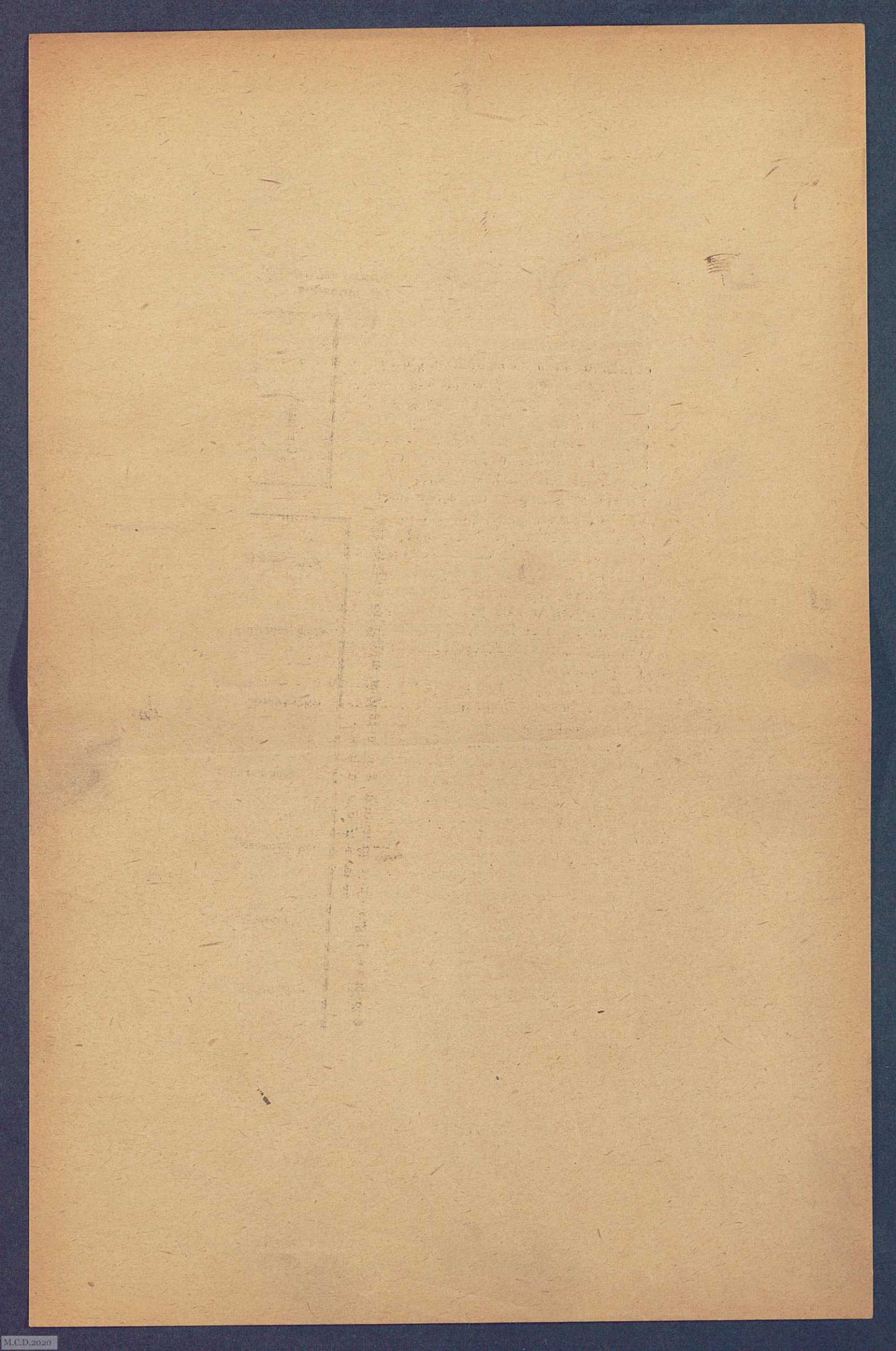
M.C.D.2020

«¡Ah!—dije yo para mí—. ¡Si te viera ahora D.ª Francisca.»

Confesaré que yo tenía momentos de un miedo terrible, en que me hubiera escondido nada menos que en el mismo fondo de la bodega, y otros de cierto delirante arrojo, en que me arriesgaba á ver desde los sitios de mayor peligro aquel gran espectáculo. Pero, dejando á un lado mi humilde persona, voy á narrar el momento más terrible de nuestra lucha con el *Victory*. El *Trinidad* lo destrozaba con mucha fortuna, cuando el *Temerary*, ejecutando una habilísima maniobra, se interpuso entre los dos combatientes, salvando á su compañero de nuestras balas. En seguida se dirigió á cortar la línea por la popa del *Trinidad*, y como el *Bucentauro*, durante el fuego, se había estrechado contra éste hasta el punto de tocarse los penoles, resultó un gran claro, por donde se precipitó el *Temerary*, que viró prontamente, y, colocándose á nuestra aleta de babor, nos disparó por aquel costado, hasta entonces ileso. Al mismo tiempo, el *Neptune*, otro poderoso navío inglés, colocóse donde antes estaba el *Victory;* éste se sotaventó; de modo que en un momento el *Trinidad* se encontró rodeado de enemigos que le acribillaban por todos lados.

En el semblante de mi amo, en la sublime cólera de Uriarte, en los juramentos de los marineros amigos de Marcial, conocí que estábamos perdidos, y la idea de la derrota angustió mi alma. La línea de la escuadra combinada se hallaba rota por varios puntos, y al orden imperfecto con que se había formado después de la virada en redondo sucedió el más terrible desorden. Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de metralla sobre nuestro navío, lo mismo que sobre el *Bucentauro*. El *Agustín*, el *Herós* y el *Leandro* se batían lejos de nosotros, en situación algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, cogidos en terrible escaramuza por el genio del gran Nelson, luchaban desesperadamente, no ya buscando una victoria imposible, sino una muerte honrosa.

M.C.D.2020



No puedo recordar sin espanto aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos á las cuatro de la tarde. Se me representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra, obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción, como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas, la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginación no podía menos de personalizarlos, y aun ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademán provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, ó exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro en la agonía.

El espectáculo que ofrecía el interior del *Santísima Trinidad* era el de un infierno. Las maniobras habían sido abandonadas, porque el barco no se movía ni podía moverse. Todo el empeño consistía en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspondiendo así al estrago que hacían los proyectiles enemigos. La metralla inglesa rasgaba el velamen, como si grandes é invisibles uñas lo hicieran trizas. Los pedazos de obra muerta, los trozos de madera, los gruesos oben-

ques segados cual haces de espigas, los motones que caían, los trozos de velamen, los hierros, cabos y demás despojos arrancados de su sitio por el cañón enemigo llenaban la cubierta, donde apenas había espacio para moverse. De minuto en minuto caían al suelo ó al mar multitud de hombres llenos de vida; las blasfemias de los combatientes se mezclaban á los lamentos de los heridos, de tal modo, que no era posible distinguir si insultaban á Dios los que morían, ó le llamaban con angustia los que luchaban.

Yo tuve que prestar auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar heridos á la enfermería. Algunos morían antes de llegar á ella, y otros tenían que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. También tuve la indecible satisfacción de ayudar á los carpinteros, que á toda prisa aplicaban tapones á los agujeros hechos en el casco; pero por causa de mi poca fuerza no eran aquellos auxilios tan eficaces como yo habría deseado.

La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes, y á pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allá, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañón, de tan cerca disparadas, mutilaban horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar á alguno, arrancada á cercén la cabeza, cuando la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debía perderse casi sin dolor la última noción de la vida.

M.C.D.2020

De tal suerte combatida y sin poder de ningún modo devolver iguales destrozos, la tripulación, aquella alma del buque, se sentía perecer, agonizaba con desesperado coraje, y el navío mismo, aquel cuerpo glorioso, retemblaba al golpe de las balas. Yo le sentía estremecerse en la terrible lucha; crujían sus cuadernas, estallaban sus baos, rechinaban sus puntales á manera de miembros que retuerce el dolor, y la cubierta trepidaba bajo mis pies con ruidosa palpitación, como si á todo el inmenso cuerpo del buque se comunicara la indignación y los dolores de sus tripulantes.

El *Bucentauro*, navío General, se rindió á nuestra vista. Villeneuve había arriado bandera. Una vez entregado el jefe de la escuadra, ¿qué esperanza quedaba á los buques? El pabellón francés desapareció de la popa de aquel gallardo navío, y cesaron sus fuegos. El *San Agustín* y el *Herós* se sostenían todavía, y el *Rayo* y el *Neptuno*, pertenecientes á la vanguardia, que habían venido á auxiliarnos, intentaron en vano salvarnos de los navíos enemigos que nos asediaban. Yo pude observar la parte del combate más inmediata al *Santísima Trinidad* porque del resto de la línea no era posible ver nada. El viento parecía haberse detenido, y el humo se quedaba sobre nuestras cabezas, envolviéndonos en espesa blancura que las miradas no podían penetrar.

Disipóse por un momento la densa penumbra; ¡pero de qué manera tan terrible! Detonación espantosa, más fuerte que la de los mil cañones de la escuadra disparando á un tiempo, paralizó á todos, produciendo general terror. Cuando el oído recibió tan fuerte impresión, claridad vivísima había iluminado el ancho espacio ocupado por las dos flotas, rasgando el velo de humo, y presentóse á nuestros ojos todo el panorama del combate.

«Se ha volado un navío» — dijeron todos.

Las opiniones fueron diversas, y se dudaba si el buque volado era el *Santa Ana*, el *Argonauta*, el *Ildefonso* ó el *Bahama*. Después se supo que había sido el francés nombrado *Achilles*. La expansión de los gases desparramó por mar y cielo en pedazos mil cuantos momentos antes constituía un hermoso navío con setenta y cuatro cañones y seiscientos hombres de tripulación.

VIII

Rendido el *Bucentauro*, todo el fuego enemigo se dirigió contra nuestro navío, cuya pérdida era ya segura. El entusiasmo de los primeros momentos se había apagado en mí, y mi corazón se llenó de un terror

que me paralizaba, ahogando todas las funciones de mi espíritu, excepto la curiosidad. Ésta era tan irresistible, que me obligó á salir á los sitios de mayor peligro. De poco servía ya mi escaso auxilio, pues ni aun se trasladaban los heridos á la enfermería, y las piezas exigían el servicio de cuantos conservaban un poco de fuerza. Entre éstos vi á Marcial, que se multiplicaba gritando y moviéndose conforme á su poca agilidad. Un astillazo le había herido en la cabeza, y la sangre, tiñéndole la cara, le daba horrible aspecto. Yo le vi agitar sus labios, bebiendo aquel líquido, y luego lo escupía con furia fuera del portalón, como si también quisiera herir á salivazos á nuestros enemigos.

Lo que más me asombraba, causándome cierto espanto, era que Marcial, aun en aquella escena de desolación, proferia frases de buen humor, no sé si por alentar á sus decaídos compañeros, ó porque de este modo acostumbraba á alentarse á sí mismo.

Cayó con estruendo el palo de trinquete, ocupando el castillo de proa con la balumba de su aparejo, y Marcial dijo:

«Muchachos, vengan las hachas. Metamos este mueble en la alcoba.»

Al punto se cortaron los cabos, y el mástil cayó al mar.

Alcé la vista al alcázar de popa, y vi que el general Cisneros había caído. Precipitadamente le bajaron dos marineros á la cámara. Mi amo continuaba inmóvil en su puesto; pero de su brazo izquierdo manaba sangre. Corrí hacia él para socorrerle, y antes que yo llegase un oficial se le acercó, intentando convencerle de que debía bajar á la cámara. No había éste pronunciado dos palabras, cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza, y su sangre salpicó mi rostro. Entonces D. Alonso se retiró, tan pálido como el cadáver de su amigo que yacía mutilado en el piso del alcázar.

Cuando bajó mi amo, el Comandante quedó solo en el puente. La cabeza descubierta, el rostro pálido, la mirada ardiente, el gesto enérgico, permanecía en su puesto dirigiendo aquella acción desesperada que no podía ganarse ya. Tan horroroso desastre había de retirarse con orden, y el Comandante era la autoridad que reglamentaba el heroísmo.

Un oficial que mandaba en la primera batería subió á tomar órdenes, y antes de hablar cayó muerto á los pies de su jefe; otro guardia marina que estaba á su lado cayó también mal herido, y Uriarte quedó al fin

M.C.D.2020

solo en el alcázar, cubierto de muertos y heridos. Ni aun entonces se apartó su vista de los barcos ingleses ni de los movimientos de nuestra artillería; y el imponente aspecto del alcázar y toldilla, donde agonizaban sus amigos y subalternos, no conmovió su pecho varonil, ni quebrantó su enérgica resolución de sostener el fuego hasta perecer. ¡Ah! Recordando yo después la serenidad y estoicismo de D. Francisco Javier Uriarte, he podido comprender todo lo que nos cuentan de los heroicos capitanes de la antigüedad.

Entretanto, gran parte de los cañones había cesado de hacer fuego, porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Tal vez no me hubiera fijado en esta circunstancia si, habiendo salido de la cámara impulsado por mi curiosidad, no sintiera una voz que con acento terrible me dijo: «¡Gabrielillo, aquí!»

Marcial me llamaba: acudí prontamente, y le hallé empeñado en servir uno de los cañones que habían quedado sin gente. Una bala había llevado á *Medio-Hombre* la punta de su pierna de palo, lo cual le hacía decir:

«¡Si llego á traer la de carne y hueso...!»

Dos marinos muertos yacían á su lado; un tercero, gravemente herido, se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

«Compadre —le dijo Marcial— ya tú no puedes ni encender una colilla.»

Arrancó el botafuego de manos del herido, y me lo entregó, diciendo:

«Toma, Gabrielillo; si tienes miedo, vas al agua.»

Esto diciendo, cargó el cañón con toda la prisa que le fué posible, ayudado de un grumete que estaba casi ileso; lo cebaron y apuntaron; ambos exclamaron «fuego»; acerqué la mecha, y el cañón disparó.

Se repitió la operación por segunda y tercera vez, y el ruido del cañón disparado por mí retumbó de un modo extraordinario en mi alma. El considerarme, no ya espectador, sino actor decidido en tan grandiosa tragedia, disipó por un instante el miedo, y me sentí con grandes bríos, al menos con la firme resolución de aparentarlos. Desde entonces conocí que el heroísmo es casi siempre una forma del pundonor.

M.C.D.2020

Pero estos nobles pensamientos me ocuparon muy poco tiempo, porque Marcial, cuya fatigada naturaleza comenzaba á rendirse después de su esfuerzo, respiró con ansia, se secó la sangre que afluía en abundancia de su cabeza, cerró los ojos, sus brazos se extendieron con desmayo, y dijo:

«No puedo más: se me sube la pólvora á la toldilla (la cabeza). Gabriel, tráeme agua.»

Corrí á buscar el agua, y cuando se la traje, bebió con ansia. Pareció tomar con esto nuevas fuerzas: íbamos á seguir, cuando un gran estrépito nos dejó sin movimiento. El palo mayor, tronchado por la fogonadura, cayó sobre el combés, y tras él el de mesana.

Felizmente quedé en hueco y sin recibir más que una ligera herida en la cabeza, la cual, aunque me aturdió al principio, no me impidió apartar los trozos de vela y cabos que habían caído sobre mí. Los marineros y soldados de cubierta pugnaban por desalojar tan enorme masa de cuerpos inútiles, y desde entonces sólo la artillería de las baterías bajas sostuvo el fuego. Salí como pude, busqué á Marcial, no le hallé, y habiendo fijado mis ojos en el alcázar, noté que el Comandante ya no estaba allí. Gravemente herido de un astillazo en la cabeza, había caído exánime, y al punto dos marineros subieron para trasladarle á la cámara. Corrí también allá, y entonces un casco de metralla me hirió en el hombro... Bajé á la cámara, donde por la mucha sangre que brotaba de mi herida me debilité, quedando por un momento desvanecido.

En aquel pasajero letargo, seguí oyendo el estrépito de los cañones de la segunda y tercera batería, y después una voz que decía con furia:

«¡Abordaje!... ¡las picas!... ¡las hachas!»

Después la confusión fué tan grande, que no pude distinguir lo que pertenecía á las voces humanas en tan descomunal concierto. Pero no sé cómo, sin salir de aquel estado de somnolencia, me hice cargo de que se creía todo perdido y de que los oficiales se hallaban reunidos en la cámara para acordar la rendición; y también puedo asegurar que si no fué invento de mi fantasía, entonces trastornada, resonó en el combés una voz que decía: «El *Trinidad* no se rinde.» De fijo fué la voz de Marcial, si es que realmente dijo alguien tal cosa.

Me sentí despertar, y vi á mi amo arrojado sobre uno de los sofás de la cámara, la cabeza oculta entre las manos en ademán de desesperación, y sin cuidarse de su herida.

Acerquéme á él, y el infeliz anciano no halló mejor

M.C.D.2020

modo de expresar su desconsuelo que abrazándome paternalmente, como si ambos estuviéramos cercanos á la muerte.

Saliendo afuera en busca de agua para mi D. Alonso, presencié el acto de arriar la bandera, que aun flotaba en la cangreja, uno de los pocos restos de arboladura que con el tronco de mesana quedaban en pie. Aquel lienzo glorioso, ya agujereado por mil partes, señal de nuestra honra, que congregaba bajo sus pliegues á todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores, no puede encontrar imagen más perfecta para representarse á los ojos humanos que la de aquel oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquella tarde tristísima, tocando al término de su carrera en el momento de nuestra rendición, iluminó nuestra bandera con su último rayo.

El fuego cesó, y los ingleses penetraron en el barco vencido.

IX

Cuando el espíritu, calmada la agitación del combate, tuvo tiempo de dar paso á la compasión, el frío terror producido por la vista de tanto estrago se presentó á los ojos de cuantos quedamos vivos la escena del navío en toda su horrenda majestad. El *Santísima Trinidad* se hundía, amenazando sepultarnos á todos, vivos y muertos, en el fondo del mar. Apenas entraron los ingleses, un grito resonó unánime, proferido por nuestros marinos:

«¡Á las bombas!»

Todos los que podíamos acudimos á ellas y trabajamos con ardor; pero aquellas máquinas imperfectas desalojaban una cantidad de agua bastante menor que

la que entraba. De repente un grito, aún más terrible que el anterior, nos llenó de espanto. El agua invadía rápidamente el último sollado, y algunos marineros asomaron por la escotilla gritando:

«¡Que se ahogan los heridos!»

La mayor parte de la tripulación vaciló entre seguir desalojando el agua y acudir en socorro de aquellos desgraciados; y no sé qué habría sido de ellos, si la gente de un navío inglés no hubiera acudido en nuestro auxilio. Éstos no sólo transportaron los heridos á la tercera y á la segunda batería, sino que también pusieron mano á las bombas, mientras sus carpinteros trataban de reparar algunas de las averías del casco.

Rendido de cansancio, y juzgando que D. Alonso podía necesitar de mí, fuí á la cámara. Entonces vi á los ingleses ocupados en izar el pabellón británico en la popa del *Santísima Trinidad*. Os diré que aquel acto me hizo pensar un poco. Siempre se me habían representado los ingleses como piratas ó salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándolo con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos; los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían á Dios que les concediera la victoria.

En la cámara encontré á mi señor más tranquilo. Los oficiales ingleses que habían entrado allí trataban á los nuestros con delicada cortesía, y según entendí, querían trasbordar los heridos á algún barco enemigo. Uno de aquellos oficiales se acercó á mi amo como queriendo reconocerle, y le saludó en español medianamente correcto, recordándole una amistad antigua. Contestó D. Alonso á sus finuras con gravedad, y después quiso enterarse por él de los pormenores del combate.

—¿Pero qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina? —preguntó mi amo.

—Se ha retirado en el *Príncipe de Asturias;* mas como se le ha dado caza, ignoro si habrá llegado á Cádiz.

—¿Y el *San Ildefonso?*

—Ha sido apresado.

—¿Y el *Santa Ana?*

—También ha sido apresado.

—¡Vive Dios! —exclamó D. Alonso sin poder disimular su enojo.— Apuesto que no ha sido apresado el *Nepomuceno.*

—También lo ha sido.

—¡Oh! ¿Está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

—Ha muerto, —contestó el inglés con tristeza.

—¡Oh! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto Churruca! —exclamó mi amo con angustiosa perplejidad —. Pero el *Bahama* se habrá salvado, el *Bahama* habrá vuelto ileso á Cádiz.

—También ha sido apresado.

—¡También! ¿Y Galiano? Galiano es un héroe y un sabio.

—¡Sí —repuso sobriamente el inglés— pero ha muerto también.

—¿Y qué es del *Montañés?* ¿Qué ha sido de Alcedo?

—Alcedo... también ha muerto.

Mi amo no pudo reprimir la expresión de su profunda pena; y como la avanzada edad amenguaba en él la presencia de ánimo propia de tan terribles momentos, hubo de pasar por la pequeña mengua de derramar algunas lágrimas, triste obsequio á sus compañeros. Mi amo lloró como hombre después de haber cumplido con su deber como marino; mas reponién-

Aquí verá V. el sistema que sigo en los diálogos

M.C.D.2020

dose de aquel abatimiento, y buscando alguna razón con que devolver al inglés la pesadumbre que éste le causara, dijo:

«—Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Nuestros enemigos habrán tenido pérdidas de consideración.

—Una sobre todo irreparable —contestó el inglés con tanta congoja como la de D. Alonso—. Hemos perdido al primero de nuestros marinos al valiente entre los valientes, al heroico, al divino, al sublime almirante Nelson.»

Y con tan poca entereza como mi amo, el oficial inglés no se cuidó de disimular su inmensa pena: cubrióse la cara con las manos y lloró, con toda la expresiva franqueza del verdadero dolor, al jefe, al protector y al amigo.

Nelson, herido mortalmente en mitad del combate, según después supe, por una bala de fusil que le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal, dijo al capitán Hardy: «Se acabó; al fin lo han conseguido.» Atormentado por horribles dolores, no dejó de dictar órdenes, enterándose de los movimientos de ambas escuadras, y cuando se le hizo saber el triunfo de la suya, exclamó: «Bendito sea Dios; he cumplido con mi deber.»

Un cuarto de hora después expiraba el primer marino del siglo.

X

Vino la noche, y con ella aumentaron la gravedad y el horror de nuestra situación. Parecía que la naturaleza había de sernos propicia después de tantas desgracias; por el contrario, desatóse un necio temporal, y viento y agua, hondamente agitados, azotaron el buque, que, incapaz de maniobra, fluctuaba á merced de las olas. Los balances eran tan fuertes, que se hacía difícil el trabajo, lo cual, unido al cansancio de la tripulación, empeoraba nuestro estado de hora en hora. Un navío inglés, que después supe se llamaba *Prince*, trató de remolcar al *Trinidad*; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que alejarse por temor á un choque, que habría sido funesto para ambos buques.

M.C.D.2020

Entretanto, no era posible tomar alimento alguno. Apretado por el hambre, me arriesgué á hacer una visita á los pañoles del bizcocho, y ¿cuál sería mi asombro cuando vi á Marcial allí, trasegando á su estómago lo primero que encontró á mano? El anciano estaba herido de poca gravedad, y aunque una bala le había llevado el pie derecho, como éste no era otra cosa que la extremidad de la pierna de palo, el cuerpo de Marcial sólo estaba con tal percance un poco más cojo.

«Toma, Gabrielillo — me dijo, llenándome el seno de galletas — barco sin lastre no navega.»

En seguida empinó una botella, y bebió con delicia.

Salimos del pañol. Entrada la noche, y hallándome transido de frío, abandoné la cubierta, donde apenas podía tenerme y corría además el peligro de ser arrebatado por un golpe de mar, y me retiré á la cámara. En esta todo era confusión, lo mismo que en el combate. Los sanos asistían á los heridos, y éstos, molestados á la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedía todo reposo, no tenían alivio ni descanso. En un lado de la cámara yacían, cubiertos con el pabellón nacional, los oficiales muertos. Entre tanta desolación, ante el espectáculo de tantos dolores, había en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable. Ellos solos descansaban á bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la vergüenza de la derrota y los padecimientos físicos. La bandera que les servía de ilustre mortaja parecía ponerles fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperación en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corría la nave, porque ésta no era ya más que su ataúd.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por orden del oficial inglés que custodiaba el navío. Efectuóse la triste ceremonia al amanecer del día 22, hora en que el temporal parece que arreció exprofeso, para aumentar la pavura de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso á toda prisa, porque no era ocasión de andarse en dibujos, é inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos con su bandera, y con una bala atada á los pies, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos tristeza y consternación, conmoviera entonces á los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos á la desgracia, que el espectáculo de la muerte les era poco menos que indiferente!

M.C.D.2020

El 22 pasó entre agonías y esperanzas: ya nos parecía que era indispensable el trasbordo á un buque inglés para salvarnos, ya creíamos posible conservar el nuestro. De todos modos, la idea de ser llevados á Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí, para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo, cuyos padecimientos morales debieron de ser inauditos aquel día. Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde, y á la hora en que fué unánime la idea de que si no trasbordábamos al navío inglés *Prince* pereceríamos todos en el buque, que ya tenía quince pies de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros recibieron aquella noticia con calma y serenidad, demostrando que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia ó ser prisioneros en la extraña. Acto continuo comenzó el trasbordo, á la escasa luz del crepúsculo, lo cual no era cosa fácil, habiendo precisión de embarcar cerca de trescientos heridos. La tripulación sana constaba de unos quinientos hombres, cifra á que quedaron reducidos los mil ciento quince individuos de que se componía antes del combate.

Comenzó precipitadamente el trasbordo con las lanchas del *Trinidad*, las del *Prince* y las de otros tres buques de la escuadra inglesa. Dióse la preferencia á los heridos; mas aunque se trató de evitarles toda molestia, fué imposible levantarlos de donde estaban sin mortificarles, y algunos pedían con fuertes gritos que los dejasen tranquilos, prefiriendo la muerte á un viaje que recrudecía sus dolencias.

M.C.D.2020

El comandante Uriarte y el jefe de escuadra Cisneros se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa y habiendo instado á mi amo D. Alonso para que entrase también en ellos, se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en abandonar el *Santísima Trinidad*.

Aun no estaba fuera la mitad de la tripulación, cuando un sordo rumor de alarma y pavor resonó en nuestro navío.

«¡Que nos vamos á pique!... ¡Á las lanchas, á las lanchas!», exclamaron algunos, mientras dominados todos por el instinto de conservación, corrían hacia la borda, buscando con ávidos ojos las lanchas que volvían. Se abandonó todo trabajo; no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos, sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con delirante extravío, buscando un portalón por donde arrojarse al mar. Por las escotillas salía un lastimero clamor, que aun parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales, sintiéndose anegados por el agua que ya invadía aquel sitio, clamaban pidiendo socorro no sé si á Dios ó á los hombres.

Á éstos se lo pedían en vano, porque no pensaban sino en la propia salvación. Un solo hombre, impasible ante tan gran peligro, permanecía en el alcázar sin atender á lo que pasaba á su alrededor, y se paseaba meditabundo, como si aquellas tablas donde ponía su pie no estuvieran solicitadas por el inmenso abismo. Era mi amo.

Corrí hacia él despavorido, y le dije:

«¡Señor, que nos ahogamos!»

Don Alonso no me hizo caso, y aun creo, si la memoria no me es infiel, que, sin abandonar su actitud, pronunció palabras tan ajenas á la situación como éstas:

«¡Oh! ¡Cómo se va á reir Paca cuando yo vuelva á casa después de esta grave derrota!»

«¡Señor, que el barco se va á pique!» — exclamé de nuevo, no ya pintando el peligro, sino suplicando con gestos y voces.

Mi amo miró al mar, á las lanchas, á los hombres que desesperados y ciegos se lanzaban á ellas, y yo busqué con ansiosos ojos á Marcial, y le llamé con toda la fuerza de mis pulmones... No sé lo que pasó. Para contar cómo me salvé, no puedo fundarme sino en recuerdos muy vagos, semejantes á las imágenes

M.C.D.2020

de un sueño, pues sin duda el terror me quitó el conocimiento. Me parece que un marinero se acercó á D. Alonso cuando yo le hablaba, y le asió con sus vigorosos brazos. Yo mismo me sentí transportado, y cuando mi nublado espíritu se aclaró un poco, me vi en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo, el cual tenía mi cabeza entre sus manos con paternal cariño. Marcial empuñaba la caña del timón; la lancha estaba llena de gente.

Alcé la vista, y vi como á cuatro ó cinco varas de distancia, á mi derecha, el negro costado del navío, próximo á hundirse por los portalones á que aun no había llegado el agua salía una débil claridad, la de la lámpara encendida al anochecer, y que aun velaba, guardián incansable, sobre los restos del buque abandonado. También hirieron mis oídos algunos lamentos que salían por las troneras: eran los pobres heridos que no había sido posible salvar y se hallaban suspendidos sobre el abismo, mientras aquella triste luz les permitía mirarse, comunicándose con los ojos la angustia de los corazones...

XI

La lancha se dirigió... ¿adónde? Ni el mismo Marcial lo sabía. La obscuridad era tan densa, que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío *Prince* se desvanecieron tras la niebla, como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas y el vendaval tan recio, que la débil embarcación avanzaba muy poco, y gracias á una hábil dirección no zozobró más de una vez. Todos callábamos, y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponía que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

Trabajosamente avanzamos por el tempestuoso mar. Lo peor del caso era que no divisábamos ningún barco. Por último, vimos una luz, y un rato después la mole confusa de un navío que corría el temporal por barlovento, y aparecía en dirección contraria á la nuestra. Unos le creyeron francés, otros inglés, y Marcial sostuvo que era español. Forzaron los remos, y no sin trabajo llegamos á ponernos al habla.

«¡Ah del navío!» — gritaron los nuestros.

«Es el *San Agustín*» — gritó Marcial.

«El *San Agustín* se ha ido á pique — dijo D. Alonso — Me parece que será el *Santa Ana*, que también está apresado.»

Efectivamente, al acercarnos, todos reconocieron al *Santa Ana*, mandado en el combate por el teniente

M.C.D.2020

general Álava. Al punto los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El *Santa Ana,* navío de 112 cañones, había sufrido también grandes averías, aunque no tan graves como las del *Santísima Trinidad,* y si bien estaba desarbolado de todos sus palos y sin timón, el casco no se conservaba mal. Amparado por el francés *Tonnant,* tuvo que batirse con el *Royal Sovereign,* mandado por Collingwood, y con otros cuatro navíos ingleses. Según allí refirieron, la lucha había sido horrorosa, y los dos poderosos barcos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que, herido el general Álava, herido el comandante Gardoqui, muertos cinco oficiales y noventa y siete marineros, con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el *Santa Ana.* Apresado por los ingleses, era casi imposible manejarlo á causa del mal estado y del furioso vendaval que se descandenó en la noche del 21.

Yo había perdido mi afición á andar por el combés y alcázar de proa, y así, desde que me encontré á bordo del *Santa Ana*, me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado... Hallábame después ocupado en poner á D. Alonso una venda en el brazo, cuando se acercó un joven alto, embozado en luengo capote azul. Era el oficial de Artillería D. Rafael Malespina, pariente de mi amo. Estaba herido, y le habían transportado desde el *Nepomuceno* al *Santa Ana*. Don Alonso le abrazó con ternura, y consagradas breves palabras á las familias ausentes, le dijo:

«Cuéntame, por Dios, Rafaelito, lo que ha pasado en el *Nepomuceno*. Aun me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, á pesar de que todos lo dan por cosa cierta.»

Desde que salimos de Cádiz—respondió Malespina—Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. Él había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo á su cuñado Apodaca: «Antes que rendir mi navío, lo he volar ó echar á pique. Este es el deber de los que sirven al Rey y á la Patria.» El mismo día escribió á un amigo suyo, diciéndole: «Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.»

»Cuando vió Churruca que Villeneuve mandaba virar en redondo á toda la escuadra, consideró que la batalla estaba perdida. El *Nepomuceno* vino á quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y *Royal Sovereign*, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan;* pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que á fuerzas triples.

»Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho; pero devolviendo estrago doble á nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado á soldados y marineros, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo, sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de los ingleses.

M.C.D.2020

»Estos necesitaron nuevos refuerzos: necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y uno de ellos, al costado del *Nepomuceno*, nos batió á medio tiro de pistola. Había que ver el fuego de aquellos seis colosos, vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arrojo de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas, parecía que también las tomaban los cuerpos; y al ver cómo infundíamos pavor á fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres.

»Entretanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Aquel hombre débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía nacido para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía á todos misterioso ardor sólo con el rayo de su mirada.

»Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar á un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fué él mismo á apuntar el cañón, y logró desarbolar al contrario. Volvió al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tan fatal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos á sostenerle, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aun me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazón que hasta aquel instante terrible no latía sino por la Patria. Le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego.*

»Tratamos de bajarle á la cámara, pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo á nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó á Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó el mando,

M.C.D.2020

Desde aquel momento la tripulación se achicó: de gigante se convirtió en enana; desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido toda la tripulación, así quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición.

No perdió Churruca el conocimiento hasta los últimos instantes; no se quejó de sus dolores ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía sobre todo en que la oficialidad no conociera la gravedad de su estado y en que ninguno faltase á su deber. Dió las gracias á la tripulación por su comportamiento heroico; dirigió algunas palabras á su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo á su joven esposa y de elevar el pensamiento á Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido, firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja ni acusar á nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Contemplábamos su cadáver aun caliente y nos parecía mentira; creíamos que había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al expirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido.

M.C.D.2020

»Rindióse el *San Juan Nepomuceno*, y cuando subieron á bordo los oficiales de las seis naves que lo habían destrozado, cada uno pretendía para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decían: «Se ha rendido á mi navío», y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno ú otro de los buques á que pertenecían. Quisieron que nuestro comandante accidental decidiera la cuestión, diciendo á cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquél respondió: «Á todos, que á uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*.»

»Ante el cadáver del gran Churruca, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena. Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos.»

Aquí terminó Malespina, el cual fué escuchado con viva atención durante el relato tristísimo. Por lo que oí, pude comprender que á bordo de cada navío había ocurrido una tragedia tan espantosa como la que yo mismo presencié, y dije para mí: «¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!» Y aunque yo era entonces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente: «Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen á veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento.»

XII

Seguíamos navegando en el desmantelado *Santa Ana*, prisionero de los ingleses, y en la mañana del 23 vimos en él un suceso por demás extraordinario. En aquel desastre, el desastre mismo se desarrollaba con sorprendentes é inesperados lances. Tan terrible tragedia no podía llegar á su desenlace sin estupendos episodios. Increíble parece, pero es verdad histórica indubitable que el general Álava, comandante del *Santa Ana*, aprovechando una coyuntura favorable, intentó y logró el rescate de su navío, amparado por los fuegos del *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*, tres de los que se retiraron con Gravina el 21 y volvieron á salir para auxiliar á las naves dispersas. Inaudito caso de bravura, pues para llevarlo á feliz término fué menester in-

M.C.D.2020

fundir la vida y el arrojo á tripulantes heridos ó extenuados de hambre y fatiga. Pues este imposible fué posible, y los ingleses que custodiaban el barco se convirtieron de vencedores en vencidos, y la bandera española volvió á flamear donde por breve tiempo había ondeado la inglesa.

Pero este singular resurgimiento de energía ó galvanización de un cadáver no nos valió de mucho, porque el furioso Sudoeste que se desencadenó por la tarde hubo de amargarnos el gozo del breve y casi milagroso triunfo. Á cinco leguas ya del puerto, cuando veíamos nuestras vidas en salvo y nuestra libertad asegurada, fué menester transbordar al *Rayo*, porque nuestro pobre *Santa Ana* no tenía gobierno, y era ya segura presa de la mar bravía.

La situación empeoraba por momentos. Teníamos á bordo gran número de heridos, entre ellos el desdichado y heroico *Medio-Hombre*, que en la corta refriega del rescate recibió varios balazos en la maltratada armazón de su cuerpo. El transbordo se hizo á media noche, con mar gruesa y viento achubascado y violentísimo, empresa que parecía superior á las fuerzas humanas. Pasado aquel trance de suprema ansiedad, de angustiosas peripecias, y bien seguro yo de haberlo presenciado, no puedo dejar de verlo en mi memoria como una oprimente pesadilla.

M.C.D.2020

Cuando me vi en la cubierta del *Rayo* creí despertar de un mal sueño, me sentí resucitado que vuelve al mundo de los vivos. Mi pobre amo D. Alonso, á quien metimos en la cámara, sacó su rosario y rezando estuvo hasta el amanecer, sin parar mientes en mí. Al pobre señor se le había ido el santo al cielo y no se daba cuenta de su triste situación. Marcial fué conducido al sollado, donde le acompañé y asistí lo mejor que pude. Sus heridas y contusiones me parecieron graves; su ánimo, que era en él lo más fuerte, se hundía como una casa quebrantada por terremotos ó un barco deshecho por las olas.

Dios tenía dispuesto sin duda que nuestras desdichas no tuviesen término, ó que pereciéramos todos para que en la catástrofe de Trafalgar no quedase uno solo que pudiera contarlo. Frente á Cádiz, el *Rayo* se plantó como un caballo loco, y ni por buenas ni por malas quería entrar en la bahía. El violento Sudoeste que barría la costa se lo llevaba por delante al empuje de su escoba furibunda. Sin gobierno de timón ni velamen, corría desbocado. Por estribor íbamos dejando atrás Rota, Punta Candor, Regla, Chipiona, y al fin, nuestro pobre y alocado *Rayo* fué á embarrancar en un playazo próximo á Sanlúcar, donde quedó clavadito en disposición de que el mar lo deshiciera tabla por tabla.

Al instante se pensó en el salvamento que había de hacerse trasladándonos á una balandra que se nos acercó por la popa, pues la gente de tierra no podía prestarnos auxilio. Y cuando dió principio el transbordo de nuestros heridos á la balandra, pensé en el pobre Marcial, de quien nadie se acordaba; verdad que él no pedía socorro, y silencioso agonizaba en un rincón obscuro, sin otro anhelo que descansar pronto en el seno de su amorosa madre la mar. Encontré al pobre viejo casi exánime; en su rostro, lleno de chirlos y garabatos, como una vieja códice histórica, vi el sello de la muerte. Su mano helada estrechó la mía. Creyérase que el contacto de mi mano caliente le restituia el ánimo perdido, porque pudo incorporarse, y sus labios articularon estas bien concertadas razones:

M.C.D.2020

«Gabriel, hijo mío, yo me muero... Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quien confesarse, debe hacerlo con el primero que encuentre. Pues yo, Gabrielillo mío, en este trance me confieso contigo, y voy á transbordar todos mis pecados desde mi conciencia á tus oídos... Escúchame... Digo qne siempre he sido cristiano católico, *postólico*, romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Virgen del Carmen, á quien llamo en mi ayuda en este momento; y digo también que si hace veinte años que no he confesado, no fué por mí, sino por *mor* del maldito servicio, y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene... Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra para bromear. De los palos que le daba á mi mujer hace treinta años me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron, porque era más mala que las *churras*, y con un genio más picón que los alacranes. No he faltado ni tanto así á lo que manda la Ordenanza; no aborrezco á nadie más que á los *casacones*, á quienes hubiera querido ver hechos picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo los perdono, y *así mismamente* perdono á los *gabachos*, que nos han traído esta guerra. Y no digo más, porque me parece que me voy á pique. Yo amo á Dios y estoy tranquilo. Gabriel, abrázame, abarlóate al costado mío. Tú no tienes pecados, y vas á andar *finiqueleando* con los ángeles divinos. Más vale morirse á tu edad que vivir en este *emperrado* mundo... Con que ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube, y el *Rayo* se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena: no te asustes... abrázate conmigo. Virgen del Carmen, llévanos contigo al cielo, que según dicen, está alfombrado con estrellas... Morimos en la mar salada... Lo que yo digo: de la mar al cielo...»

Gritos apremiantes me llamaron... Expiró *Medio-Hombre*, y yo corrí á salvarme, saltando de un brinco á la última lancha.

M.C.D.2020